

Una espiritualidad mística y profética

*Los verdaderos
místicos y profetas
han sido símbolos
de Dios,
sus vidas
se han constituido
en lenguaje divino
que comunica
y transparenta la
voluntad
de Dios.*

*P. Víctor M.
Martínez Morales, sj.*

A partir del modo de vida, de las palabras y acciones de algunos religiosos y religiosas podemos verificar cierto desaliento, desánimo y apatía en la vivencia de la vocación. Es innegable hechos que verifican no sólo un modo de vida que ha perdido su sabor y su fin inicial, sino en muchos la pérdida de sentido en este estilo de vida.

Una mirada a nuestra cotidianidad nos coloca ante situaciones verdaderamente problemáticas en cuanto a nuestro estilo de vida y la manera como estamos viviendo nuestra consagración hoy. Los hechos que se han venido sumando en la historia de personas y comunidades producen, a nivel personal y colectivo, confusión y desilusión y no en pocos un estado de desconcierto y desencanto.

Lo triste de todo es la afección interna, el quiebre en la vivencia espiritual de muchos consagrados. Se constata un enfriamiento de las relaciones con Dios, se verifica una tibieza de corazón y una ausencia de radicalidad en el deseo de encontrarse íntimamente con el Señor. Con mayor tristeza aún se testifica estados críticos en verdad extremos, los cuales se manifiestan en la pérdida de la fe, la esperanza y la caridad.

Los motivos para haber llegado a estas situaciones límite han podido haber llegado de diferentes direcciones tanto desde el interior como desde el exterior de nuestras

comunidades. Consideramos que no es el momento para enumerarlos, lo que sí hemos de identificar son las consecuencias y los resultados que hoy podemos constatar. No estamos orando, no nos estamos encontrando a solas con el Señor, hemos dejado el ritmo y la dinámica propios del encuentro con Jesucristo.

¿Qué nos pasa? Pareciera que hemos perdido el ardor de nuestra vocación, la brújula se nos ha perdido, hemos desviado el camino, nos hemos dejado de encontrar con Dios, ha cesado nuestra búsqueda y nuestra sed de Dios. ¿Estamos siendo los religiosos y religiosas que el Señor quiere en el aquí y ahora de nuestra historia? ¿Cuál es nuestro testimonio y aporte para la Iglesia y el mundo de hoy, desde nuestro carisma y vocación? ¿Estamos siendo lo que hemos de ser y realizando lo que hemos de hacer?

Hemos de dar una mirada muy profunda a nuestro estilo de vida y a nuestro modo de proceder para poder desde allí, desde nuestra fidelidad a nuestra consagración responder creati-

*¿Cuál es nuestro testimonio
y aporte para la Iglesia
y el mundo de hoy
desde nuestro carisma y vocación?
¿Estamos siendo lo que hemos de ser
y realizando lo que hemos de hacer?*

vamente a nuestra manera de orar y de relacionarnos con el Señor. Se nos impone una mirada a nuestra espiritualidad e interioridad; un esfuerzo en recobrar el deseo de santidad la cual no puede ser acogida y cultivada sino en el silencio y la adoración.

Una espiritualidad de intimidad

Hemos de recuperar tiempos y espacios para encontrarnos a solas con nuestro Dios. He ahí la fuerza real del místico y del profeta, aquella que le viene del Señor. Momentos de desierto, de retirarnos a la montaña, de remar más adentro; apartarnos tras la búsqueda del encuentro personal, íntimo y amoroso con nuestro Dios.

Encontrarnos a solas con nuestro Dios, no conlleva encerramiento, aislamiento o repliegue caprichoso sobre un deleite personal y egoísta de autosatisfacción trascendental. No se trata de una espiritualidad intimista que me aparta de los otros y lo otro. Se trata de poder verle a Él cara a cara, de sentirme por Él seducido, amado, enviado. El saber que no hay intermediario alguno entre Él y yo, ni palabras, ni ruidos, ni cantos, ni plegarias, etc. Se trata de saberme desnudo ante Él con lo que soy y poseo.

He ahí la necesidad del silencio, hemos de optar por el silencio, aprender a descubrirle a solas en la intimidad de nuestro corazón nos llevará a saber callar. He de aprender a hacer silencio,

sin el silencio no podré oír su voz. Es tal el ruido y la palabrería en los que estamos sumergidos que es imposible escucharnos, cuánto más escuchar a Dios. No es posible oír la voz de Dios si no hacemos silencio en nuestro interior, en nuestro alrededor, en nuestra vida. El silencio interior del corazón el cual se logra desde el silencio exterior nos lleva a escuchar la voz de Dios que se hace luz, sonoridad, presencia de Dios.

La fidelidad a la oración nos lleva a establecer una relación profunda y honda con el Señor. No excluimos el mundo de nuestro encuentro con Dios, sino que queda contemplado desde la mirada transformadora de nuestro Dios. Allí al cerrar la puerta cuando vamos a orar, el mundo con sus preocupaciones e inquietudes se hace presente, el no queda excluido de nuestros corazones sino recuperado desde Dios. Es así como al profundizar nuestra amistad con Dios tal intimidad me hace comprometerme más con el hermano, la hermana. Entre mayor sea el conocimiento que adquiera de Dios, mayor es el amor que suscita en mí y mayor mi seguimiento.

No hay místico ni profeta que no se haya encontrado cara a cara con Dios. Que no haya dedicado largas jornadas de encuentro personal e íntimo con Él. Sus vidas y su vocación serían incomprensibles sin estos momentos y lugares de encuentro que los llevó a responder como lo hicieron. La fidelidad no se improvisa, ella se va construyendo de momentos de intimi-

dad, profundidad, hondura amorosa, desnudez del corazón, silencio y ascesis que lleva a abrir y dilatar el corazón para que en él venga a habitar el Señor, los hermanos y hermanas.

Una espiritualidad de transparencia

La transparencia del corazón se forja en la relación con Dios. La transparencia forma parte de nuestra respuesta vocacional. La transparencia dice algo más que la sinceridad en cuanto apunta a toda una actitud interior mucho más estable, de intención recta, de pureza de deseo, de sana simplicidad. Se trata de un corazón que ha superado las afecciones desordenadas que son las que siempre nos están ocultando el doble fondo del corazón.

La transparencia apunta a la limpieza del corazón, ella se logra desde la oración. Tiempos fuertes de encuentro con Dios, ejercicios del espíritu, la pedagogía de la formación espiritual son los caminos para irnos haciendo transparentes. Cultivar una íntima familiaridad con Dios, desde la amistad con Cristo en la contemplación de sus misterios y en el deseo de vivirle mediante los sacramentos es el proceso para una espiritualidad de la transparencia. Vamos creciendo en transparencia si crecemos en familiaridad con Dios, entre mayor sea nuestra confianza con Dios, mayor es nuestra transparencia con él y en nuestras relaciones humanas.

Gracias a la transparencia se edifica una sólida vocación. La claridad y sinceridad con las que procedemos va constituyendo la integración de nosotros mismos y de nosotros con los otros y con Dios. Sólo desde una plena transparencia pueden colocarse los firmes fundamentos de una vocación. Es así como todo aquello que impide nuestra vocación no será objeto exclusivo de mi responsabilidad sino objeto del interés común, me hago responsable de la vocación de mi hermano y hermana. Surge así la aceptación alegre de la corrección fraterna, la mutua corrección entre hermanos y la corrección del superior o la superiora.

La transparencia espiritual nos lleva a crecer en confianza sincera y sencilla humildad, propias para sentirnos necesitados de Dios. Propio del mal espíritu es resistirse a la transparencia, quiere estar oculto, mantenerse escondido, no ser descubierto. El trato abierto y confiado con Dios, de disponibilidad y obediencia a su voluntad, como con quienes son nuestros acompañantes nos hace mantener la bondad de corazón, la verdadera libertad.

*El silencio interior del corazón
el cual se logra desde el silencio exterior
nos lleva a escuchar la voz de Dios
que se hace luz, sonoridad,
presencia de Dios.*

La transparencia espiritual nos lleva a ser palabra elocuente para los demás, todo lo que somos y hacemos se convierte en lenguaje de nuestra simplicidad religiosa. La transparencia manifiesta un sentido alegre y gustoso de pertenencia, un ambiente de armonía capaz de propiciar relaciones sencillas, fluidas y abiertas lo cual nos lleva al crecimiento de una confianza mutua. Una espiritualidad de la transparencia crea al interior de nuestra comunidad el vínculo de la obediencia como la mejor dinámica para la unión.

He ahí la realidad desnuda de místicos y profetas. Hombres y mujeres que transparentaron lo que eran ante Dios y ante la humanidad. Hombres y mujeres que manifestaron con sus vidas y sus palabras aquello que llevaban dentro, su propia verdad. Fueron transparencia de Dios en cuanto transparentaron con una existencia coherente el actuar de Dios, se testificaba la coherencia entre lo que aparecía y su interior de manera que se mostraba, a través de ellos, el fondo de sus personas y la obra de Dios en ellas.

Una espiritualidad de conversión

La relación con Dios nos desinstala, desubica, nos mueve el piso. Quizás la misma resistencia que creamos para encontrarnos con él, es nuestro deseo a permanecer como estamos. De una u otra forma, el encuentro con Dios me incomoda, y su llegada causa malestar,

*La dinámica propia
de la conversión
nos conduce a llenarnos
de admiración ante el amor
misericordioso de Dios.
Es su amor el que nos transforma.
Entre mayor sea nuestra
experiencia del amor de Dios
hacia nosotros y nosotras
mayor es nuestra capacidad
de conversión.*

insatisfacción. Si de veras me encuentro con él, no volveré a ser el mismo. He ahí los comienzos de todo proceso de conversión.

El encuentro con Dios nos lleva a una conversión de corazón. Encontrarnos con Dios nos lleva ante todo a sentirnos verdaderamente amados. Su amor apasionado, gratuito, desbordante nos abraza y abrasa en todo momento, somos sujetos de su amor creador y el encuentro con Él así lo actualiza. Desde allí queda al descubierto el amor, un amor pequeño, mezquino, interesado, tazado. Descubrimos que dado su amor, como torrente de luz que todo lo inunda, la vida queda al descubierto desde nuestras sombras y oscuridades. Podemos constatar, ver y sentir la desnudez e impotencia, tomamos conciencia del pecado, de nuestra respuesta mediocre, del seguimiento a medias.

El encuentro con Dios nos lleva a una conversión de corazón. Encontrarnos con Dios nos desenmascara, descubre la acción del mal espíritu en nosotros, nos hace ser conscientes de nuestro desorden interior y exterior. El primer paso para liberarnos es el conocimiento del pecado, y a eso nos conduce el encuentro con Dios. Aceptar nuestra autosuficiencia, nuestra conciencia de pecador o pecadora, a descubrir el pecado que habita en nosotros, la incoherencia, la omisión, el proceso del mal. Y por consiguiente sus causas y consecuencias.

La dinámica propia de la conversión nos conduce a llenarnos de admiración ante el amor misericordioso de Dios. Es su amor el que nos transforma. Entre mayor sea nuestra experiencia del amor de Dios hacia nosotros y nosotras mayor es nuestra capacidad de conversión. De ahí el valor de la oración, entre más nos encontremos con Él, entre más nos dejemos amar de Él mayor será nuestro ser y actuar como Él. He ahí el milagro del cambio, la maravilla de la conversión, no se trata de esfuerzos sobrehumanos, forzosas cargas o propósitos voluntaristas, sino tan sólo en dejarnos amar por Dios.

Muchos de los grandes místicos y profetas en sus comienzos han huido de la presencia de Dios. Sabían que el encuentro con Él les cambiaría sus vidas. La transformación vivida les llevará a aceptar la misión por Él impartida, a buscar constantemente su voluntad y a no dejar de hacer, aún en momentos difíciles, lo que les ha sido

mandado. bEncontrarnos verdaderamente con Dios nos compromete con nosotros mismos, con los otros y ante todo con Él.

Una espiritualidad liberadora

La relación con Dios que nos lleva a la conversión personal se traduce en cambio institucional y en compromiso de todos y todas. Es decir, la relación con Dios nos va comprometiendo de tal manera que no sólo mi vida sino todo mi entorno, quienes me rodean, el mundo que me circunda van quedando impregnados de la acción de Dios.

El encuentro con el Señor me hace libre, libre para amar, libre para Dios. Libre del mundo, libre de mis ataduras y esclavitudes. La relación con el Señor desde la intimidad de mi oración me va liberando desde dentro de mí mismo; libertad que es el reconocimiento de Jesucristo hombre libre, gracias a Él a su actuar en mí, me hace libre (Gal 5,1). La acción del amor misericordioso de Dios en mí me libera, tal es el resultado de quien se encuentra verdaderamente con el Señor, no podrá seguir igual, ha conquistado su libertad.

Tal experiencia del amor misericordioso de Dios que me libera es exigencia de actuar a la manera de Dios en la relación con los otros. Dios se ha inclinado en la persona de su Hijo por el débil, el pobre, el enfermo, el pecador. Tal ha sido la acción de Dios, su actuar propio es salvar, liberándonos de

aquello que nos ata y no nos permite ir a su encuentro. La experiencia de su amor es la que nos lleva a actuar de igual forma. Se trata de responder vitalmente a aquella pregunta: “¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores” (Lc 10,36).

El encuentro con el Señor es exigencia de liberación. La práctica del amor misericordioso con quien es víctima de la realidad hostil y adversa es espacio de libertad; en una realidad donde la opresión y explotación parece asfixiarnos, este encuentro con el Señor es estímulo de justicia. Es el amor misericordioso de Dios el que nos da sentido para luchar contra toda forma de esclavitud que ahoga nuestras existencias y nuestra ansia de libertad. Es así como, del encuentro con el Señor la justicia se nos impone como tarea, camino, misión que hemos de realizar.

Entre mayor es la relación con el Señor mayor es el compromiso liberador que se genera a nuestro alrededor.

*El encuentro con Dios
nos lleva a una conversión
de corazón. Encontrarnos
con Dios nos desenmascara,
descubre la acción del mal espíritu
en nosotros, nos hace ser conscientes
de nuestro desorden interior
y exterior.*

La inclinación por el pequeño, el pobre, el desvalido no es una acción distinta a la expresión del amor misericordioso que nos hace ir forjando un corazón solidario con particular interés por detectar el menor, el indefenso, el necesitado para levantarlo, defenderle, hacerle valer, colmar su necesidad. Nuestra acción de solidaridad a favor de los otros, como nuestra promoción de la justicia brota de la respuesta exigente al amor misericordioso de Dios.

He ahí la acción liberadora de muchos místicos y profetas a favor de su pueblo. La praxis de la misericordia surge de la relación amorosa de Dios, de sentir en ellos como Dios ejerce su justicia y misericordia en su favor. El trabajar por la defensa de la vida, la dignidad de la persona, la recuperación de los derechos y el hacer que la vida humana sea verdaderamente humana brota como misión del encuentro amoroso con Dios. Su tarea a favor de los demás, particularmente del caído, desplazado, golpeado es la respuesta al mandato imperativo de sentirse profundamente amado “vete y haz tu lo mismo” (Lc 10, 37).

Una espiritualidad simbólica

La relación con el Señor se ha de expresar de manera elocuente y significativa. La búsqueda de Dios y su presencia en el corazón del consagrado lleva a múltiples formas de espiritualidad todas ellas han de encontrar cauces de manifestación, maneras de poder ser expresadas y compartidas. He ahí el

lenguaje de la plegaria: el gesto, el dicho, el hecho y la palabra cargados de sentido para Dios.

Quienes son personas de oración, -el hombre y la mujer de Dios-, van construyendo un código de encuentro, un vocabulario propio, una manera y un ambiente que propicia el diálogo con Dios. Muchas veces sobran las palabras, no hacen falta los sentidos o se ha de evitar las fórmulas. El encuentro con Dios nos introduce en el mundo de lo simbólico, nos vamos haciendo sacramento en la medida que nos encontramos con Dios. Todo nos habla de Dios en la medida que hacemos del mundo el lugar de encuentro con él. He ahí los signos de los tiempos y los lugares, el hacer que todo espacio y tiempo nos hable de Dios.

Es así como la oración se convierte en símbolo de la presencia de Dios en la vida. Nosotros, nosotras nos hacemos símbolos de Dios al hacernos oración testimonial por la forma de ser y de actuar. Símbolo de Dios es todo aquello que logra ser transparencia de Dios por lo que es, por su constitución y por lo que realiza, por sus acciones. El símbolo produce atracción, logra producir una fuerza de empatía, une, congrega, integra. Y así, al igual que Jesús, todo símbolo de Dios, atrae hacia él, invita a ser y hacer como Dios.

Nuestra vida de oración y familiaridad con Dios nos va haciendo símbolo de Dios al sentirnos cada vez más atraídos por él. Entre más nos encontremos con Dios más sentimos su pre-

sencia, más somos testigos de su amor, nos sentimos en verdad simpatizantes de su causa, seguidores, seguidoras de su estilo de vida, más seducidos, seducidas por el programa del reino. Por el contrario, la ausencia de la oración, la pérdida de espiritualidad, el vacío de Dios nos hace comportarnos de manera diabólica. Su palabra nos produce fastidio, nos sentimos señalados, cuestionados y descubiertos produciendo en nosotros malestar, fastidio e inconformidad y por tanto alejamiento, toma de distancia y rechazo.

Los verdaderos místicos y profetas han sido símbolos de Dios, sus vidas se han constituido en lenguaje divino que comunica y transparenta la voluntad de Dios. Símbolos de la dulzura de Dios, quienes con sus vidas anudan, congregan, vinculan alrededor del Señor; símbolos portadores de comunión, integración, unidad. Su forma de ser y de actuar se hace para otros incómoda, se convierten en crítica que logra cuestionar y descomponer. Símbolos, cuyas formas de vida y juicios se hacen temerarios para otros, quienes los tildan como causantes de ruptura, propiciadores de desarmonías y división.

Una espiritualidad radical

La relación con Dios a través de la oración viene a confrontarnos con el sentido último de nuestra consagración: el seguimiento radical de Jesucristo, tal es el fundamento de nuestra vida religiosa. Es entonces en la vida diaria,

en lo cotidiano de nuestro peregrinar donde el encuentro con Dios, mi vida de oración, mi cercanía con él viene a pulsar mi seguimiento.

La radicalidad del seguimiento viene a estar dada en el despojo personal, haberlo dejado todo y el cargar con la propia cruz. Sólo la vida de encuentro personal e íntimo con el Señor nos mantiene fieles en la vivencia de dicha radicalidad. La confianza radical en el Dios de Jesús, en el cual se apoya nuestro proyecto de vida, es la que nos hace saber, a ciencia cierta, si estamos o no siguiendo el camino de nuestra consagración.

La radicalidad de la entrega viene a estar dada en la calidad de nuestra oblación. Si nos estamos dando a la manera de Jesucristo. Si nuestras vidas son vidas a favor de los demás, si nuestra manera de existir es a la manera de existir de Jesucristo, si nuestras existencias son existencias para los demás. ¿Me estoy extinguiendo como la luz, “sobre el candelero para que alumbré a todos los que están en casa” (Mt 5,15)? ¿Soy dador y portador de vida de manera abundante (Jn 10,10)? ¿Soy el pastor bueno capaz de dar la vida por mis ovejas (Jn 10, 15)?

La radicalidad de la cruz descubre la verdad de nuestro proceso vital de consagración en cuanto que todo discernimiento ha de pasar por el dolor y el sufrimiento de la cruz. Ella coloca al descubierto falsos equilibrios, justos medios que nos hacen no más verticales que horizontales, personalidades tibias

de sabor y color insípidos, mediocridades respaldadas por falsas espiritualidades. Es así como la radicalidad de la cruz implica el radicalismo del amor.

Todos nuestros compromisos como consagrados se afincan en esta experiencia radical de fe de tal manera que toda la vida religiosa se hace testimonio de esa fe radical. Recobrar hoy esta espiritualidad radical a partir de nuestra consagración exige fundamentarla en Jesucristo sentido único y último de nuestro modo de ser y de proceder; él ha de ser la causa del despojo de nosotros mismos, haber podido dejarlo todo, haber tomado nuestra propia cruz y haberlo seguido.

Todo místico y profeta va descubriendo en su interior como su opción por Cristo es una opción radical. Jesucristo se establece como el único compromiso absoluto de sus vidas. Es su fidelidad radical al seguimiento de Jesús la que les lleva a eliminar el falso equilibrio de servir a dos señores (Mt. 6,24). La radicalidad implica el nacer de nuevo (Jn. 3,4), el hacerse como niños (Mt. 18, 3), el ocupar el último lugar (Mc. 9,35), el ser triturado como el grano de trigo. La radicalidad viene a pulsar el corazón desde el sentido último de su consagración y misión por ello son capaces de vivir una fidelidad absoluta a Dios, una renuncia al poder y a la violencia y una vivencia de la caridad hasta el extremo.

Una espiritualidad para el conflicto

La relación con el Señor nos lleva a verificar y constatar las dificultades que conlleva su seguimiento. El enfrentar situaciones difíciles, adversas y hasta contrarias al modo nuestro de ser y de proceder, provenientes del interior de nosotros mismos o del mundo que nos ha tocado vivir a partir de personas, tiempos y lugares determinados, sólo se logra desde una vida interior sólida, firme y arraigada en Dios.

Los conflictos llegan de nuestra misma interioridad, de nuestra propia vida interior. Se trata de la acción de la presencia del espíritu del mal en nosotros. Dejarnos seducir por nuestras afecciones desordenadas y ceder ante las tentaciones del maligno. Nuestra vida espiritual de intimidad y estrecha relacionalidad con Dios ha de hacer frente a aquella desarmonía conflictual que se manifiesta en la desarticulación que puede presentarse entre lo que pensamos y lo que queremos, entre lo que queremos y lo que hacemos. Sólo desde nuestro encuentro con Dios podemos hacer frente a nuestra incoherencia vital.

Los conflictos provienen de nuestro mundo. No somos ajenos a la realidad que vivimos, somos el resultado de nuestras familias, del tejido histórico de nuestros pueblos. Su vida, situación e historia nos ha marcado y afectado. La realidad del mundo actúa de manera contraria ante nuestra opción de vida a

favor del Evangelio. Ella se hace seductora desde una lógica atrayente y despliega ante nosotros todo el poder y boato de lo que es capaz según la época y el atractivo de la moda de turno.

Los conflictos se presentan ante ambientes y situaciones socio-culturales contrarios a la presencia de Dios. Se entra en conflicto de cara ante el individualismo, el consumismo, la fuerza del poder, tener y placer, la cotidianidad de la rutina como las tensiones, obstáculos y oposiciones provenientes de la lógica del mundo ante la vivencia de nuestros votos, la acción apostólica que se realiza o la presencia de solidaridad fraterna que se irradia. Ello nos hace contraculturales, causantes de un desorden y propiciadores de unos valores contrarios a los del mundo.

Desde la fidelidad orante del encuentro con el Señor logramos formarnos en el sentido y significación del conflicto; desde una vida interior vigorosa y lúcida podremos hacer frente a situaciones contrarias y adversas a nuestra vocación; desde la integración y coherencia de nuestro modo de ser y de proceder somos capaces de responder a la crítica que nos desune y divide; desde la contemplación que se traduce en acción, somos testimonios desde el compromiso real.

La vida de místicos y profetas se enfrentó al conflicto que se creaba en primer lugar al interior de ellos mismos, entre el llamado y envío del Señor y su incapacidad, impedimento y pecado que les llevaba a negarse y rechazar

tal encargo. En segundo lugar, en relación con su estilo de vida y el mundo que les correspondió vivir. La tentación de evadir el conflicto, esconderse de él o rehuir los problemas siempre ha estado presente; sin embargo, su espiritualidad los lleva a encarar el conflicto, saberle enfrentar y arremeter en combate espiritual (Ef. 6, 10-20).

Una espiritualidad de inserción

El verdadero encuentro con el Señor sólo se logra desde un corazón inserto en la realidad. Salimos al encuentro del Señor desde un mundo que nos interpela y preocupa. No podemos tomar las alturas de la contemplación divina sino a partir de un corazón suficientemente conocedor de la fragilidad y del lamento humano. Sólo se eleva a las alturas profundas de la meditación con Dios quien está enclavado en el terruño de su habitación, quien conserva un polo a tierra con su realidad, quien es conocedor de su barrial.

Nuestra relación con Dios se logra a partir de sus criaturas. Hemos de aprender a verles, escucharles, sentirles... He ahí la importancia de saber mirar y oír con el corazón, sólo cuando captamos desde el interior podemos percibir la acción del Creador. Una espiritualidad de inserción es una espiritualidad ecológica, una espiritualidad capaz de descubrir la voz de Dios que nos habla desde la madre tierra, el bosque, la montaña, el manantial. Toda la creación se hace milagro de Dios.

Nuestra relación con Dios se logra a partir de la realidad. Hemos de aprender a descubrir a Dios que nos habla en la historia, en los acontecimientos de nuestra vida, en el diario vivir de nuestras situaciones. Dios se hace presente en las circunstancias y hechos que vivimos. Una espiritualidad de inserción es una espiritualidad de la realidad, una espiritualidad capaz de descubrir la voz de Dios que nos habla desde la ciencia, la técnica, los adelantos y desarrollos cibernéticos, los medios de comunicación. Ninguna realidad queda excluida de la presencia divina.

Nuestra relación con Dios se logra a partir del encuentro con los otros. Dios nos habla a través de la vida de los demás. Los otros son manifestación de Dios. Hemos de aprender a descubrir el actuar de Dios detrás de cada rostro. Cada existencia es una palabra de Dios encarnada. Una espiritualidad de inserción es una espiritualidad de lo humano, de lo profundamente humano. Ahora bien, la predilección de Dios por el pobre, nos lleva a inclinarnos hacia ellos para poder escucharle, a insertarnos en ellos para poder descubrirle, convivir con ellos para poder hallar su voluntad. El hombre -varón, mujer-, se hace transparencia de Dios, el pobre es su sacramento.

Los místicos y profetas se han caracterizado por una espiritualidad de inserción. Miradas que alcanzan las alturas del cielo gracias a ojos muy anclados en las realidades terrenas. Corazones insertos en la madre naturaleza, contemplativos de la danza de la crea-

ción. Corazones suficientemente conocedores de su mundo, realidad y entorno. Corazones conocedores de sus contemporáneos con especial predilección por los pobres. Hombres y mujeres con los pies en la tierra, sabedores de lo que sucede a su alrededor. Sólo desde la realidad del barro se logra descubrir la verdad de Dios, sólo desde la inmanencia se nos transparenta la trascendencia. He ahí la fuerza mística y profética: la profunda e íntima relación con Dios se logra desde una profunda e íntima inserción.

Una espiritualidad de Discernimiento

El encuentro con Dios nos hace hombres y mujeres de discernimiento. Nuestra especialidad ha de ser siempre el Espíritu, hemos de conocer, identificar y definir cuales son las iniciativas del Espíritu en nosotros, en el mundo, en la historia. Es así como el discernimiento debería ser connatural a toda persona de vida de oración, de una delicada y fina relación con Dios.

*Los místicos y profetas
se han caracterizado
por una espiritualidad de inserción.
Miradas que alcanzan
las alturas del cielo
gracias a ojos muy anclados
en las realidades terrenas.*

El discernimiento esta suponiendo adentrarnos en el misterio de la búsqueda de la voluntad de Dios, ¿Qué quiere el Señor de mí en el aquí y ahora de mi vida? No hay nada más ajeno al discernimiento que las seguridades de juicio o de opción; no discierne aquel que ya ha tomado una posición, aquel que no ora o aquel que no posee libertad. Hemos de dejarnos conducir por Dios, sus caminos no son nuestros caminos, de ahí la importancia de dejarnos llevar por su Espíritu.

No puede haber discernimiento sin oración ni libertad. Todo discernimiento en la búsqueda de tomar una buena decisión ha de ser orado y libremente vivido. He de encontrarme con el Señor, he de poner ante él mis intenciones y propósitos, mis intereses y pareceres en relación con lo que tengo entre manos. Junto a ello he de ser muy sincero conmigo mismo y con los otros desde el propósito y objeto de mi decisión. Es importante haber logrado la libertad deseada ante lo que me propongo decidir. Se afirma que nunca seremos suficientemente libres, sin embargo, no debemos desfallecer en intentarlo y tratar de conseguirlo ante las encrucijadas que nos presenta la vida.

No aprendemos a discernir sino practicando. El arte de discernir se aprende dejándonos llevar por el acompañamiento espiritual, el estudio, la práctica, el preguntar, equivocarnos y volver a intentarlo, ir adquiriendo experiencia. Discernir no es ver con claridad lo que he de obrar o lo que he de dejar de hacer. Discernir es ser dóciles en

dejarnos llevar por Dios, así no lo entendamos ni comprendamos. Discernir es una osadía en cuanto supone el concurso de Dios. Se trata de abandonarnos confiadamente en las manos del Señor: la osadía de dejarnos llevar por el Espíritu.

Sólo quienes son fieles a Dios son los que han avanzado es este caminar, pues el discernimiento espiritual pretende ayudar a hacernos conscientes de todos los movimientos interiores que se dan buscando su origen y cómo se pueden ordenar. El discernimiento espiritual nos lleva a buscar, percibir, descubrir y distinguir qué espíritu está actuando en un momento determinado de mi vida para actuar de manera consecuente con la voluntad de Dios. El discernimiento es un proceso de búsqueda y al mismo tiempo es un carisma; como don hemos de pedirlo y como tarea no desfallecer en practicarlo, es para beneficio nuestro y de los demás.

Pareciera fácil tomar una correcta decisión en la vida si nos hacemos la pregunta ¿Qué quiere Dios de mí en el aquí y ahora de mi vida? Sin embargo, conozco a muchos religiosos y religiosas que se han pasado la vida buscando sin hallar la voluntad de Dios, otros tratando de convencer a Dios de aceptar su voluntad, en vez de ir hacia Dios lo traen a sus intereses, y un grupo, no poco numeroso, que aún habiendo buscado y encontrado la voluntad de Dios se resisten a ponerla en práctica.

Místicos y profetas han sido ante todo personas de discernimiento. La

profundidad en la intimidad con el Señor les ha llevado a saber conocer sus mociones, por dónde les va conduciendo el Espíritu de Dios. El clima de discernimiento inspirado en el gozo y la paz que trae la presencia de Dios confirmando la decisión lleva a la satisfacción de ir por la senda justa, por el camino correcto, quizás en algunas ocasiones no el querido por mis gustos o inclinaciones, pero sí el deseado por Dios. Toda una atmósfera se construye alrededor de la elección, un ambiente que nos hace sentir desde la alegría espiritual dados los frutos que se operan que aquello que hemos elegido es querido por Dios.

Una espiritualidad mística y profética es aquella que proviene de la íntima relación con el Señor, en donde el corazón se hace transparente para ser trabajado por Dios. Obra de conversión realizada desde el amor misericordioso de Dios que nos lleva a la verdadera entrega en un compromiso radical por él en los hermanos haciéndonos capaces de afrontar todo conflicto y superando todo obstáculo, símbolo liberador de

una mirada cargada de esperanza en una mañana que hemos de realizar desde el presente que vivimos.

Bibliografía

- AUTORES VARIOS, *Celibato por el Reino: carisma y profecía. "Como yo he amado" Jn 15,12*, Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada, Publicaciones Claretianos, Madrid, 2003.
- CASTILLO, JOSÉ MARÍA, *El futuro de la vida religiosa. De los orígenes a la crisis actual*, Editorial Trotta, Madrid, 2003.
- MADERA IGNACIO, *Signos del presente y vida religiosa en América Latina –En los caminos de la refundación–*, Paulinas, Bogotá, 2002.
- MADERA, IGNACIO, *Por el camino de Emaús –Una aventura de refundación–*, Colección Experiencias 169, Indo-American Press Service Ltda., Bogotá, 2001.
- MARTÍNEZ, FELICÍSIMO, *La frontera actual de la vida religiosa. Bases y desafíos de la refundación*, San Pablo, Madrid, 2000.
- MARTÍNEZ, FELICÍSIMO, *Refundar la vida religiosa. Vida carismática y misión profética*, San Pablo, Madrid, 1994.
- MARTÍNEZ, VÍCTOR, *Fidelidad creativa en la vida consagrada*, Paulinas, Bogotá, 2003.
- MARTÍNEZ, VÍCTOR, *Refundación y profetismo en la vida consagrada*, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, Bogotá, 2002.

*Una espiritualidad mística
y profética es aquella
que proviene de la íntima
relación con el Señor,
en donde el corazón
se hace transparente
para ser trabajado por Dios.*
